

Breve Homilía antes de iniciar la Procesión de Ramos

Queridos hermanos:

Al iniciar nuestra marcha y procesión con palmas y ramos, permitidme unas breves palabras.

Ha comenzado el relato evangélico con una expresión muy significativa. Jesús se echó a andar hacia Jerusalén, e iba delante.

Él va delante para sembrar la paz; murió por la paz entre los hombres. Nuestra marcha es caminar con Cristo por nuestras calles, como lo harán todas las comunidades cristianas. Jesús va delante en la marcha por la paz. Va delante, porque llegó a dar su vida de una forma inhumana y cruel, por la paz. Murió asesinado. De verdad va delante.

Comenzamos la Semana Santa de 2004 con noticias siniestras. No sólo el horror del día 11 de marzo pasado, que nos dejó la muerte abundante, y también un reguero de humanidad y solidaridad. Es fecha que recordamos.

Pero nos llegan noticias bien recientes de intentos de atentados en la vía del ferrocarril. Y esta mañana está de cuerpo presente un servidor del orden y muchos heridos, porque el odio inhumano de unos suicidas, tronchó su vida cuando defendía la de otros. Con dolor empieza esta Semana Santa. Jesús sigue muriendo.

Hagamos la marcha de la paz. Pidamos la paz en la Tierra de Jesús. Deseemos la paz a Jerusalén. Pidamos por el que ha muerto, su familia, por los defensores de la vida, y por los asesinos. Esta palma en nuestras manos es un compromiso de seguir a Cristo, Príncipe de la Paz. No más odio, dijo Él. Somos seguidores del que es la Paz. Él se puso a subir a Jerusalén e iba delante. Marchemos en paz.

(En la Catedral)

Queridos hermanos y hermanas:

A todos nos llena una especial emoción al celebrar de nuevo la Eucaristía en la Catedral. He recordado un acontecimiento señalado y conmemorado en la Historia Sagrada. Me refiero al pueblo de Israel, que no pudo contener las lágrimas, cuando vio levantado el nuevo templo de Jerusalén.

El motivo de su alegría era totalmente distinto al nuestro, pero el sentimiento es parecido. Admiramos nuestra espléndida Catedral y nos sobrecoge su belleza.

1.- Es la fiesta en que hemos proclamado por las calles a Jesús, Mesías y Rey. Y, gracias a Dios, con él, hemos vuelto a entrar a esta Casa, que es suya, y es nuestra Catedral. "Que se abran sus puertas, que se alcen más los dinteles".

Lo proclamamos Mesías y Rey agitando con entusiasmo las palmas. Y lo hacemos con mayor fuerza, lo llamamos Rey y Señor, después de escuchar con atención la historia bien dolorosa de su amor y de su Pasión. El pueblo aquel, o muchos de él, lo repudiaron frontalmente y gritaron palabras de muerte contra Él. Nosotros escuchamos estas páginas de su Pasión y Muerte y nos sale decirle: "Tú eres nuestro Rey. Tú eres el Hijo de Dios. Nadie nos separará de tu amor".

Y así lo aclamamos en esta casa, hoy espléndida y especialmente luminosa y bella, también porque Jesús ha entrado en ella. Nos gozamos de haberla restaurado. De corazón expresamos nuestra gratitud a la "*Fundación 'La Luz de las Imágenes'*". Hoy es luz sin sombras esta Casa.

2.- Un segundo pensamiento me venía imaginando este momento. Y es invitaros a revivir otra vez la historia que encierra y guarda esta nuestra Catedral.

A lo largo de cuatrocientos cuarenta años ha sido y es la Iglesia madre, de esta Iglesia Diocesana, que se llamó primero de Orihuela y que ha crecido y se llama de Orihuela-Alicante.

Es decir, somos herederos de santos. Somos sucesores de cristianos que con su vida han aclamado a Jesús y lo han seguido con testimonios de santidad.

Personalmente recuerdo al Obispo D. Gregorio Gallo, el primero que ocupó la Sede. Y repasó la lista de los treinta y tres Obispos, anteriores, de los que soy sucesor.

Esto revivo al celebrar de nuevo en la Catedral. Nos ha alegrado que miles de visitantes, de tantas partes, la hayan contemplado con admiración y hayan reconocido la fe secular que la levantó.

Es Domingo de Ramos. Agitad las palmas. Él viene con nosotros, lo acogemos cada día en el Nombre del Señor. Ni los niños podían entonces callarse. Ni hoy tampoco. Hoy es el día en que los niños, como entonces tienen un protagonismo destacado. Por eso nos duele con dolor hondo que bien cerca de nosotros, en una de nuestras playas de Orihuela, hayan segado la vida de una niña, que salió de casa para ir a su Instituto. Nos llena de consternación. Ni a los niños

respetan los asesinos. En el mensaje de esta Cuaresma el Papa alzó su voz potente a favor de los niños. A ellos y a los más jóvenes les pasamos nuestra fe y nuestro amor a Jesús. Como nosotros lo recibimos de nuestros mayores.

Jesús con nosotros, para que la Iglesia se prolongue con vida en la Vega Baja y en todos los rincones de nuestra Diócesis.

Somos herederos de santos. Esto nos recuerda la Catedral, que hoy reabrimos al culto.

3.- Y, por último, aclamemos al Señor y que nuestra aclamación se vuelva más fuerte porque hemos revivido la historia de su Pasión. Entendieron los primeros cristianos que un hombre nuevo, así lo llamaban, nació en la Pascua, por la muerte ignominiosa del Señor y por su Resurrección.

Hoy nuestra Catedral nos parece nueva. La luz que nos inunda, como nunca se había disfrutado. Admiramos las piedras limpias y las rejas restauradas. Todo en orden.

Hay un modo extraordinario y necesario de celebrar este acontecimiento: Acoger la novedad de vida, que de nosotros pide la muerte y la resurrección del Señor, y lo pide la historia centenaria de la Diócesis. Porque la Iglesia viva y renovada, de verdad, somos nosotros.

Os hablo y estoy viendo, al trasluz, en la reja del presbiterio, la imagen de María, que acogió el sueño de Dios y a su voluntad se entregó sin condiciones.

Es la imagen del hombre nuevo que también nos hace vivir la Virgen María.

Con estos tres pensamientos sencillos abrimos las puertas de la Catedral, en el Domingo de Ramos, y abrimos nuestros corazones para iniciar la Semana más Santa, que durante más de cuatro siglos han vivido los cristianos en esta Catedral.